

Volumen XXIV

Agosto 1.º de 1929

Número 237

REVISTA

del

COLEGIO MAYOR

Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTÁ

IMP. DE «LA LUZ» — CARRERA 7.ª, NÚM. 590.

MCMXXIX

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Agosto 1.º de 1929

Arpa de cinco cuerdas (*)

Nuestro sabio catedrático y dilecto amigo doctor Luis María Mora, actual cónsul de Colombia en los Angeles, acaba de publicar en Roma una colección de sus poesías, precedida del siguiente prólogo de don Antonio Gómez Restrepo :

«Desde hace muchos años, Luis María Mora es considerado como uno de los más inspirados poetas y de los más doctos escritores de Colombia. Y este reconocimiento es tanto más significativo, cuanto Mora no ha cortejado la popularidad; antes bien, con la manifestación franca y sin reticencias de sus opiniones religiosas, políticas y literarias; y con la aguda sátira que ha hecho más de una vez de ciertas extravagancias artísticas acreditadas como novedades, se ha expuesto a enajenarse las simpatías de los grupos avanzados, que distribuyen palmas y coronas. Pero Mora es personal y literariamente simpático aun para muchos que lo condena-

(*) Luis María Mora—Arpa de cinco cuerdas. Elegías. La Niñera. Himnos antiguos. Sátira. Epístola. *Odi profanum vulgus et arceo* (HORACIO). Roma. Imprenta Salesiana. Vía Marsala, 42. 1929. En 8.º, páginas xviii más 160.

CONTENIDO

<i>Arpa de cinco cuerdas</i>	A. GÓMEZ RESTREPO
<i>Epístola a Ricardo Nieto</i>	LUIS MARIA MORA
<i>Conferencias de Filosofía del Derecho. (Continuación)</i>	H. HOLGUÍN Y CARO
<i>El conde justiciero</i>	ANGEL SALCEDO
<i>Memorias</i>	FRANCISCO M. RENJIFO
<i>Conferencia escolar</i>	MONSEÑOR BAUNARD
<i>Miguel Antonio Caro, poeta</i>	R. M. CARRASQUILLA
<i>Los padres de la patria</i>	MIGUEL A. CARO
<i>Mi ofrenda</i>	MIGUEL A. CARO
<i>Cantilena</i>	MIGUEL A. CARO
<i>Porrita compontel</i>	P. LUIS COLOMA, S. J.

rían como reaccionario en el campo ideológico; tiene numerosos amigos y discípulos entre la juventud; y su reputación de poeta está sólidamente establecida.

«Mora es un humanista y un poeta; condiciones que no suelen andar juntas. Hay individuos en quienes el peso de la erudición abate las alas de la fantasía; y otros, en quienes el exceso de imaginación, falta de lastre, produce extraños engendros. Cuando estos dones, al parecer antitéticos, pero que no lo son en realidad, se funden en grado supremo, producen los genios soberanos, los Dantes, los Goethes. En menor escala, dan nacimiento a artistas equilibrados, capaces de producir obras de belleza perdurable.

«En la literatura colombiana existe una noble tradición de poetas que han sazonado su libre inspiración con el cultivo del humanismo clásico, al cual no fueron extraños ni románticos como Julio Arboleda y Rafael Pombo, ni modernistas como Guillermo Valencia. Mora hizo su educación clásica en los históricos claustros del Colegio del Rosario, de cuya Facultad de Filosofía y Letras fue uno de los primeros y más brillantes doctores. Pero se engañaría quien viera en él un erudito de biblioteca, alejado del comercio del mundo. Lejos de esto figuró en cenáculos juveniles, de esos en donde se han conservado hasta estos últimos tiempos, el buen humor y el ingenio hogotanos; y conoce la vida, no al través de los libros, sino por propia experiencia. De aquí que su poesía no sea imitación muerta de otros modelos, sino concreción viva de sus personales emociones.

«Mora, que ha vivido soñando con la belleza antigua y el arte clásico, no ha sido un contemplador solitario, ajeno a los sucesos contemporáneos. En su colección de versos, como en tantas otras de poetas colombianos, perdura un eco de las luchas de su tiempo; el poeta ha

sido en su día, un soldado de su causa política; en vez de lira, ha empuñado la espada. No ha escrito poesías políticas, pero sí recuerdos de campaña, memorias de un compañero muerto en el campo de batalla, en donde él también expuso valerosa y desinteresadamente su vida, en la última y más desastrosa de nuestras guerras civiles, con la cual se cerró el siglo, y también, afortunadamente, la larga serie de contiendas bélicas reemplazadas, desde entonces, por la lucha civil de los partidos.

«Estos mismos contrastes de su vida, trabajada y laboriosa, han permitido a Mora conocer y estudiar de cerca el país y sus hombres; ha recorrido con provecho las páginas de su historia; ha meditado sobre los problemas que interesan al pueblo colombiano; y de esas meditaciones y de su bien aprovechada experiencia, resultó el hermoso libro titulado *El alma nacional*, que es uno de los más sustanciosos de nuestra literatura; y que bastaría para merecer a Mora el título de pensador si desde joven no lo hubiera conquistado con su profunda tesis doctoral sobre Balmes, que le valió el elogio del gran poeta catalán Juan Maragall.

«Con esta base de estudios, no sorprende que Mora sea cultivador del arte clásico; pero del verdadero, no del falso y contrahecho, que no penetra en el espíritu, sino se contenta con los adornos exteriores; y cree seguir las huellas de los antiguos, desnaturalizando la poesía con muertas reminiscencias mitológicas. Los grandes poetas clásicos modernos han infundido en el mármol pentélico un nuevo soplo de vida; y han realizado la fusión de la forma helénica o latina con el pensamiento contemporáneo. Así lo hicieron Luis de León y Andrés Chénier; Keats y Leopardi. Murió la religión antigua; pero la belleza de la línea y del ritmo es eterna. En ninguna parte se ve esto tan patentemente como en esta

augusta ciudad de Roma, en donde la serena luz de la civilización cristiana permite que se destaquen con mayor relieve y majestad las clásicas líneas de los monumentos romanos; las columnas y los arcos grandiosos, el Foro y el Coliseo; y en donde, al amparo de la cúpula de Miguel Angel, conversamos con las gloriosas sombras de Cicerón, de César, de Horacio y de Virgilio, sintiendo que algo de su espíritu flota en el ambiente de la Ciudad Eterna.

«Allá, del otro lado de los mares, bajo el sol de América, y en medio de los panoramas de la naturaleza tropical, ha habido siempre, de la conquista acá, insignes cultivadores de las musas clásicas. Durante la Colonia vinieron de América a Italia dos insignes varones, que realizaron obra perdurable, escribiendo, en exámetros virgilianos, el uno, el P. Alegre, la traducción latina de la *Iliada* de Homero, y el otro, el P. Landívar, el poema de la *Rusticatio Mexicana*. En el pasado siglo, ejercieron su civilizador magisterio el virgiliano Andrés Bello y el horaciano Caro. Y hoy mismo, en medio de la anarquía literaria y artística que reina allí, como en todo el mundo, aún conservan la más pura tradición clásica artistas de tan alta inspiración como Federico Escobedo, en México; Calixto Oyuela, en la Argentina, José Joaquín Casas y Luis María Mora en Colombia.

«De las muchas cosas bellas que contiene este volumen, me parece que lo superior es el grupo de poesías que lleva el título de *Himnos antiguos*. Allí ha concentrado Mora lo más puro de su inspiración. Es miel del Himeto, presentada en cincelada copa. La armonía de los versos, la delicadeza de las imágenes, la pureza de la línea, la luz intelectual que irradia de las ideas y se difunde y transparenta en la forma, precisando y embelleciendo sus contornos; todo esto contribuye a dar a estos himnos un sello de perfección, que es característico

del arte clásico. El cantor, alejado por algún tiempo del cultivo del arte, siente la nostalgia de la belleza, requiere de nuevo a la musa, a quien pide que repita la frase inmortal de *La noche de mayo*, de Musset: *Poete, prends ton luth et me donne un baiser!* Surgen las sombras de Catulo, de Virgilio, de Horacio, númenes favoritos del poeta, para inspirarle nuevos cantos sobre temas antiguos: Mora no traduce; interpreta. Pone en boca del poeta de Venusa acentos que éste no hubiera desdeñado; así como Catulo encontraría dignas de su exaltación amorosa, las apasionadas estrofas que son como un poético comentario de aquella admirable poesía, en que el vate de Verona unió la emoción del amor de los sentidos con la idea de la muerte, anticipándose a Leopardi, que siglos más adelante había de cantar la hermandad entre estos dos formidables dominadores de la creación.

«Entre esas poesías descuella la oda *A una ánfora antigua*, que es una de las bellas inspiraciones del parnaso colombiano; pieza de antología, que ningún colector inteligente puede olvidar sin desposeer a nuestra lírica de una joya de muy subidos quilates. Por el título y el asunto trae inmediatamente a la memoria una de las obras maestras de Keats: la oda *Sobre una urna griega*; pero no tiene con ella otra analogía que la de ser una hermosa evocación moderna del arte griego. Convida a hacer la comparación entre estas dos poesías; y ya la apuntó un joven y doctísimo jesuita, el P. Eduardo Ospina, que es actualmente uno de los colombianos que conocen mejor las literaturas extranjeras. 'Keats—dice—es más homérico que Mora en su tendencia a describir la escena esculpida en el vaso, pero lo hace con una profusión de colores como no la emplea nunca un poeta griego: Mora es más ático en la pulcritud y sobriedad de la forma; pero con qué idealismo y con qué añoranza

tan romántica resucita no las figuras esculpidas en la obra sino el medio ambiente de la vida ateniense.'

«Fue feliz Mora hasta en la elección de la estrofa, que es aquella en que ha vaciado sus mejores inspiraciones. Suelen tener los poetas una estrofa predilecta, que unas veces es creación propia, otras adaptación de formas métricas ya conocidas. Esta observación, ya hecha respecto de otros poetas, puede comprobarse también con el ejemplo de Mora. Momento afortunado aquel en que el apasionado helenista, soñando en medio de la naturaleza tropical, con la hermosura ateniense, halló en la realidad o vio con los ojos de la fantasía, aquella urna, de donde brotó una fuente de inspiración plácida, serena y cristalina, que sosiega el ánimo e ilumina el pensamiento. Hay ocasiones en que el artista, por un misterioso concurso de circunstancias, logra un excepcional equilibrio en sus facultades, y produce obras armoniosas y perfectas. Tal es el caso de *La urna griega*.

«Es Mora un fácil y elegantísimo versificador, cualidad que ahora muchos afectan desdeñar, pero que es tan necesaria al poeta como al pintor el conocimiento del dibujo. Ha habido, en ciertas escuelas, una verdadera conjuración contra el verso, que José Asunción Silva llamaba 'vaso santo' y que algunos de sus cultivadores han pretendido reducir a informes fragmentos. A las gentilísimas combinaciones métricas que hacían de la poesía castellana una exquisita música, se ha sustituido una mal hilada sucesión de renglones desiguales, sin ritmo, sin medida, sin rima: masa amorfa, que nada dice a la inteligencia ni al oído. Y la puerilidad del fondo corresponde a discordante de la forma. Goza el espíritu cuando de esta clase de arte nihilista pasa al armonioso y sereno de poetas como Luis María Mora, o Víctor M. Londoño, para citar dos contemporáneos que, formados en ambientes muy distintos, han sabido ser dignos sa-

cerdotes de la pura belleza. Entre nosotros, ha defendido valientemente los fueros del verso, como quien defiende el acero cincelado con que ha triunfado en los torneos, el ilustre poeta y traductor insigne, Ismael Enrique Arciniegas.

«Muy oportuna es la publicación de un libro como las poesías de Mora; porque es una lección práctica de buen gusto en esta época en que circulan con aplauso tantas extravagancias y ridículos engendros. Todas las artes pasan, después de la guerra universal, por una grave crisis, y casi puede decirse que estamos en el reinado de lo monstruoso. Aun aquí en Italia, cuna del arte, se ven exposiciones de pintura que contristan el ánimo. El gran diario el *Messaggero*, cansado de protestas teóricas, inició una campaña, que ha dado fecundos resultados. Durante meses, todos los días publicó una de estas pesadillas modernistas, cuyo nombre hay que leer para suponer qué especie de seres representa y al lado una de las obras maestras del arte italiano de los siglos anteriores, de asunto análogo al que los cuadros contemporáneos dicen representar. El efecto era fulminante. Así debía hacerse en el campo literario: al lado de una de las producciones del vanguardismo, sin asunto, sin ejecución artística, sin sentido común, que aparecen con lamentable frecuencia en la prensa americana (menos, ciertamente, en Colombia que en otras partes), deberían reproducirse las bellas producciones de los poetas de verdad, de los que han escrito teniendo conciencia de la dignidad de su arte. Muchas de las poesías de Mora, especialmente los *Himnos antiguos*, merecerían este honor.

«Cuando Luis María Mora envió a Roma su manuscrito, sin duda recordó el famoso verso en que Ovidio apostrofa a su libro, que le inspira envidia, porque va a Roma, a donde no puede acompañarlo su autor. El caso

no es exactamente el mismo, porque el poeta de los *Tristes* sufría su destierro implacable en las regiones hiperbóreas, en medio de pueblos salvajes, y una mano omnipotente le cerraba el camino de Roma, mientras que Mora habita actualmente una región deleitosa en uno de los países de civilización material más avanzada, y si lo retienen allí deberes oficiales, ningún veto le cierra el camino de la Ciudad Eterna. Será para él un día de emoción inolvidable aquel en que pueda contemplar, con sus propios ojos, los nobles monumentos de la antigüedad y las maravillas del Renacimiento; cuando pise el sagrado suelo de Roma y pueda decir: desde este sitio habló Cicerón, de aquí salió César en busca de la muerte; en este lugar se escondía la granja de Horacio; por esta colina descendía Virgilio, dando forma a su epopeya inmortal. Y también, porque él es cristiano: de aquí se elevó triunfante al cielo la legión de los mártires; allí rodó la cabeza de Pablo; en este tortuoso subterráneo resonó la voz de Pedro. Y ante estos magníficos recuerdos habrá en su espíritu un otoñal florecimiento poético, porque si hay en su cabeza hilos de plata, su corazón se ha mantenido joven, y fresco su espíritu, como que tiene fijos sus ojos en regiones ultraterrestres y olvida sus penas aspirando el perfume de las rosas cortadas en los jardines de Academia».

Roma, abril de 1929.

ANTONIO GÓMEZ RESTREPO

